

En las montañas de la locura

I

Estoy obligado a hablar porque los hombres de ciencia han rehusado seguir mi consejo sin saber por qué. Completamente contra mi voluntad voy a contar los motivos para oponerme a esa prevista invasión del Antártico —con su vasta búsqueda de fósiles y su sistemática perforación y fusión del casquete glaciar—, y soy tanto más reacio por cuanto mi advertencia quizá sea inútil. Es inevitable dudar de los hechos reales, tal como debo revelarlos; sin embargo, si ocultase lo que parece extravagante e increíble no quedaría nada. Las fotografías retenidas hasta la fecha, tanto las normales como las aéreas, contarán a mi favor; pues son terriblemente vívidas y gráficas. No obstante, se pondrán en tela de juicio, debido a los considerables extremos a los que puede llegar una hábil falsificación. Se burlarán de los dibujos a tinta, desde luego, considerándolos obvias imposturas, a pesar de su novedad técnica que los expertos en arte comentarán y se devanarán los sesos.

Por último, debo confiar en el parecer y reputación de los pocos líderes científicos que poseen, por una parte, un criterio lo bastante independiente para sopesar mis datos por sus propios méritos terriblemente convincentes o desde el punto de vista de determinados ciclos de mitos primordiales y sumamente desconcertantes; y por otra parte, suficiente influencia para disuadir al mundo

de los exploradores en general de cualquier programa precipitado y demasiado ambicioso en la región de esas montañas de la locura. Es de lamentar que personas relativamente desconocidas como mis colegas y yo, vinculadas únicamente a una pequeña universidad, tengamos poca oportunidad de influir en cuestiones de naturaleza tan extraña o sumamente polémica.

Tenemos, además, en nuestra contra el hecho de que no seamos especialistas, en sentido estricto, en los campos más directamente implicados. Como geólogo, mi propósito al dirigir la expedición de la Universidad Misaktonic¹ era exclusivamente obtener muestras de roca y tierra de las capas profundas de distintas partes del continente antártico con ayuda de la extraordinaria perforadora inventada por el profesor Frank H. Pabodie², de nuestro Departamento de Ingeniería. No tenía el menor deseo de ser pionero en ningún otro campo; pero sí esperaba que el empleo de este nuevo dispositivo mecánico en diferentes lugares a lo largo de sendas previamente exploradas sacase a la luz materiales de un tipo no logrado hasta entonces con los métodos habituales de extracción. El aparato perforador de Pabodie, como el público ya sabe por nuestros comunicados, era incomparable e innovador por su poco peso, su facilidad de transporte y su capacidad de combinar el principio del taladro artesiano normal y el del pequeño taladro circular para roca, de tal forma que podía abordar rápidamente estratos de distinta dureza. El punzón de acero, las varillas articuladas, el motor de gasolina, la torre plegable de madera, la parafernalia para voladuras, el cordaje, la barrena para eliminar el escombros, y las tuberías desmontables para perforaciones de cinco pulgadas [12,7 cm] de diámetro y hasta mil pies [305 m] de profundidad, todo eso, más los accesorios necesarios, no excedían de la carga que podían transportar tres trineos de siete perros cada uno; lo cual era posible por la ingenio-

sa aleación de aluminio con que estaban hechas la mayor parte de las piezas metálicas. Cuatro grandes aeroplanos Dornier³, diseñados especialmente para volar a la enorme altura necesaria en la meseta antártica, y equipados con dispositivos adicionales inventados por Pabodie para calentar el combustible y posibilitar un arranque rápido, podrían transportar a toda la expedición desde una base situada en el límite de la gran barrera de hielo a varios puntos idóneos del interior, y desde ellos utilizaríamos un contingente suficiente de perros.

Pensábamos cubrir la máxima extensión que nos permitiera una estación antártica —o más tiempo, si fuera absolutamente necesario—, actuando principalmente en las cordilleras y la meseta al sur del Mar de Ross⁴, regiones exploradas en grado diverso por Shackleton⁵, Amundsen⁶, Scott⁷ y Byrd⁸. Con frecuentes cambios de campamento, efectuados en aeroplano y cubriendo distancias lo bastante grandes para que fueran geológicamente significativas, esperábamos descubrir una cantidad sin precedentes de material, sobre todo de los estratos precámbricos, de los que tan escasas muestras antárticas se habían obtenido hasta entonces. Queríamos obtener también la mayor variedad de rocas superiores fosilíferas, ya que la historia de la vida primitiva de aquella desolada región de hielo y muerte es de la mayor importancia para nuestro conocimiento del pasado de la Tierra. Es bien sabido que el continente antártico fue en otro tiempo templado, incluso tropical, con abundante vida vegetal y animal de la que los únicos supervivientes son los líquenes, la fauna marina, los arácnidos y los pingüinos del borde septentrional; y esperábamos ampliar esa información en variedad, precisión y detalle. Cuando una simple perforación revelase signos fosilíferos, ensancharíamos la abertura mediante voladuras para obtener muestras de tamaño y estado de conservación adecuados.

Nuestras perforaciones, de profundidad variable según las expectativas que ofreciese el suelo o la roca de la capa superior, tendrían que limitarse a las superficies de tierra que estuviesen casi o totalmente al descubierto... que eran inevitablemente las laderas y las crestas, ya que las zonas más bajas están cubiertas por un espesor de una o dos millas de sólido hielo. No podíamos perder el tiempo perforando lo que no fuera más que mera glaciación, aunque Pabodie había elaborado un plan para introducir electrodos de cobre en grupos muy compactos de perforaciones y fundir extensiones reducidas de hielo con la corriente generada mediante una dinamo accionada con gasolina. Ese es el programa —que en una expedición como la nuestra no pudimos poner en práctica más que en plan experimental— que la próxima expedición Starkweather-Moore se propone seguir a pesar de las advertencias que he expuesto desde que regresamos del Antártico.

El público conoce la Expedición Miskatonic por los frecuentes reportajes que enviamos por radio al *Arkham Advertiser*⁹ y a la Associated Press¹⁰, y a través de los posteriores artículos de Pabodie y míos. Formábamos el grupo cuatro miembros de la universidad —Pabodie; Lake, del Departamento de Biología; Atwood, del Departamento de Física (también meteorólogo); y yo, que representaba al de Geología e iba nominalmente al mando— además de dieciséis ayudantes: siete estudiantes graduados de Miskatonic y nueve mecánicos especializados. De los dieciséis, doce eran pilotos de aeroplano titulados, de los cuales todos menos dos eran radiotelegrafistas competentes. Ocho tenían conocimientos de navegación con brújula y sextante; lo mismo que Pabodie, Atwood y yo. Además, como es natural, nuestros dos buques —antiguos balleneros de madera, reforzados para navegar entre hielos y dotados de motor auxiliar— estaban tripulados al completo. La Fundación

Nathaniel Derby Pickman, con ayuda de unas pocas aportaciones particulares, financió la expedición; por lo tanto nuestros preparativos fueron extremadamente minuciosos, a pesar de no haberse divulgado apenas. Los perros, los trineos, la maquinaria, los equipos de acampada y las piezas desmontadas de nuestros cinco aeroplanos fueron entregados en Boston, y allí los cargaron en nuestros buques. Estábamos estupendamente equipados para nuestros fines concretos; y en todo lo concerniente a provisiones, régimen, transporte y construcción de campamentos, aprovechamos el ejemplo excelente de nuestros más recientes y excepcionalmente brillantes predecesores. Fue el inusitado número y reputación de estos predecesores lo que hizo que nuestra expedición —a pesar de lo extensa que era— despertara tan poco interés en el mundo en general.

Como informaron los periódicos, zarpamos del puerto de Boston el 2 de septiembre de 1930¹¹ y navegamos despacio siguiendo la costa, cruzamos el canal de Panamá y arribamos a Samoa y Hobart (Tasmania), donde en el segundo de estos puertos cargamos las últimas provisiones¹². Nadie de nuestro grupo explorador había estado nunca en las regiones polares, por consiguiente todos confiábamos mucho en los capitanes de nuestros barcos —J. B. Douglas, que iba al mando del bergantín *Arkham* y estaba al frente del destacamento naval, y Georg Thorfinnsen, que mandaba el bricbarca *Miskatonic*—, ambos veteranos balleneros en aguas antárticas. A medida que dejábamos atrás el mundo habitado el sol estaba cada vez más bajo en el norte y permanecía más tiempo sobre el horizonte. A unos 62° de latitud sur avistamos los primeros icebergs —como mesetas de flancos verticales—, y poco antes de alcanzar el Círculo Polar Antártico, que cruzamos el 20 de octubre con las curiosas ceremonias habituales, tuvimos considerables problemas con los bancos de hielo. El descenso de la temperatura me mo-

lestó bastante, después de nuestra larga travesía de los trópicos; pero traté de sobreponerme para hacer frente a los rigores todavía peores que me aguardaban. En muchas ocasiones me encantaron enormemente los curiosos efectos atmosféricos, entre ellos un espejismo sorprendentemente vívido —el primero que había visto— en el que los lejanos icebergs se convirtieron en almenas de inimaginables castillos cósmicos.

Abriéndonos paso entre los hielos, que afortunadamente no eran muy extensos ni estaban demasiado apiñados, volvimos a aguas abiertas a 67° latitud sur, 175° longitud este. En la mañana del 23 de octubre surgió por el sur un acusado «atisbo de tierra»¹³, y antes del mediodía experimentamos todos un estremecimiento de emoción al contemplar una inmensa, elevada cadena de montañas cubiertas de nieve que se extendía cubriendo todo el horizonte ante nosotros. Al fin habíamos encontrado un puesto avanzado del gran continente desconocido y su enigmático mundo de muerte helada. Aquellas cumbres eran obviamente la Cordillera del Almirantazgo, descubierta por Ross¹⁴, y ahora teníamos que doblar el cabo Adare y bajar costeando la Tierra Victoria hasta nuestra proyectada base en el estrecho de McMurdo, al pie del volcán Érebo¹⁵, a 77° 9' latitud sur.

La última etapa del viaje fue intensa y estimulante para la imaginación, grandes picos yermos envueltos en el misterio surgían constantemente por el oeste mientras el sol bajo de mediodía al norte, o el rasante de medianoche al sur, vertía sus brumosos rayos rojizos sobre la blanca nieve, el hielo azulado, los cauces de agua y los trozos negros de granito de la ladera al descubierto. Entre las desoladas cumbres soplaban intermitentes ráfagas rugientes del terrible viento antártico, cuya cadencia sugería a veces, vagamente, un atronador sonido de flautas oído a medias, con notas que abarcaban un amplio registro y que por alguna subconsciente razón mnemónica me parecía inquie-



Song of Shambhala (1943). Museo Estatal de Arte Oriental (Mosú).



Cry of the Serpent (1914). Museo Pskov de Historia (Mosú).

tante e incluso un poco terrible. El paisaje me recordaba algo las extrañas y turbadoras pinturas asiáticas de Nicholas Roerich¹⁶, y las aún más extrañas y turbadoras descripciones de la maligna y fabulosa meseta de Leng¹⁷ que aparecen en el pavoroso *Necronomicon*, del árabe loco Abdul Alhazred. Más tarde lamenté bastante haber hojeado aquel libro monstruoso en la biblioteca de la universidad.

El siete de noviembre, perdida de vista temporalmente la cordillera occidental, pasamos ante la isla de Franklin; y al día siguiente avistamos a proa los conos de los montes Érebo y Terror¹⁸, en la isla de Ross, y más allá la larga silueta de las montañas Parry. Hacia el este se extendía la baja línea blanca de la gran barrera de hielo, que se alzaba perpendicular a una altura de 200 pies [unos 61 m], semejante a los acantilados rocosos de Quebec¹⁹, señalando el fin de la navegación hacia el sur. Por la tarde entramos en el estrecho de McMurdo y nos mantuvimos apartados de la costa, a sotavento del humeante monte Érebo. El escoriáceo pico se recortaba a unos 12.700 pies [3.873,5 m] sobre el cielo oriental, como una estampa japonesa del sagrado Fujiyama, en tanto que más allá se elevaba la blanca cumbre fantasmal del monte Terror, de 10.900 pies [3.324,5 m] de altitud, ya extinguido como volcán. De cuando en cuando llegaban del Érebo bocanadas de humo, y uno de los ayudantes graduados —un joven brillante llamado Danforth— señaló lo que parecía ser lava en la ladera nevada, comentando que esa montaña, descubierta en 1840, había inspirado sin duda la imagen a Poe cuando escribió siete años más tarde:

As the lavas that restlessly roll
 Their sulphurous currents down Yaanek
 In the ultimate climes of the pole...
 That groan as they roll down Mount Yaanek
 In the realms of the boreal pole²⁰.

Danforth era un gran lector de libros raros, y había hablado mucho de Poe. A mí me interesaba el escenario antártico del único relato largo de Poe: el inquietante y enigmático *Arthur Gordon Pym*. En la costa yerma, y en la alta barrera de hielo que se alzaba al fondo, miríadas de pingüinos grotescos chillaban y agitaban sus aletas, mientras muchas gruesas focas se veían nadando en el agua o tumbadas sobre grandes bloques de hielo que se desplazaban lentamente.

Utilizando botes pequeños, efectuamos una difícil atracada en la isla de Ross poco después de medianoche, en la madrugada del 9, llevando un cabo de cable desde cada barco y preparándonos para descargar los suministros por medio de un aparejo de andarivel de salvamento. Al pisar por primera vez suelo antártico experimentamos intensas y complejas sensaciones, a pesar de que las expediciones de Scott y Shackleton nos habían precedido en aquel punto concreto. Nuestro campamento en la costa helada al pie de la ladera del volcán era sólo provisional; el cuartel general seguía estando a bordo del *Arkham*. Desembarcamos el equipo de perforación, los perros, los trineos²¹, las tiendas, las provisiones, los bidones de gasolina, el aparato experimental para derretir hielo, las cámaras fotográficas normales y aéreas, las piezas de los aeroplanos y demás accesorios, incluidos tres pequeños aparatos de radio portátiles (además de los de los aviones), capaces de establecer contacto con el gran equipo del *Arkham* desde cualquier parte del continente antártico que quisiéramos visitar. El equipo del barco, en comunicación con el mundo exterior, transmitiría informes de prensa a la potente estación de radio del *Arkham Advertiser*, situada en Kingsport Head²² (Massachusetts). Esperábamos concluir nuestra campaña en un solo verano antártico²³; pero si resultaba imposible invernaríamos en el *Arkham* y enviaríamos el *Miskatonic* al norte, antes de que el hielo se congelara, en busca de provisiones para otro verano.

No necesito repetir lo que los periódicos han publicado ya sobre nuestras primeras actividades: la ascensión al monte Érebo; las perforaciones llevadas a buen término en varios lugares de la isla de Ross y la excepcional rapidez con que el aparato de Pabodie las realizó, incluso en estratos de roca dura; la prueba provisional del pequeño equipo de derretir hielo; la peligrosa ascensión a la gran barrera con trineos y suministros; y el montaje final de cinco enormes aeroplanos en el campamento encima de la barrera. La salud del grupo de tierra —20 hombres y 55 perros de Alaska²⁴— era excelente; aunque lo cierto es que de momento no habíamos encontrado temperaturas ni ventiscas realmente destructivas. El termómetro variaba entre cero y veinte o veinticinco grados bajo cero²⁵, y los inviernos de Nueva Inglaterra nos habían acostumbrado a semejantes rigores. El campamento que establecimos en la barrera era semipermanente, y estaba destinado a almacén de reserva para gasolina, provisiones, dinamita y otros suministros. Sólo necesitábamos cuatro aeroplanos para transportar el material destinado a la exploración; el quinto, con un piloto y dos hombres de los barcos, lo dejamos en el almacén de reserva como medio de llegar hasta nosotros desde el *Arkham* en caso de que los aeroplanos de exploración se perdieran. Más tarde, cuando no utilizáramos los demás aviones para el traslado de equipo, dedicaríamos uno o dos al transporte regular de enlace entre ese almacén de reserva y otra base permanente en la gran meseta, situada entre 600 y 700 millas [965,4 km; 1.126,5 km] más al sur, más allá del glaciar de Beardmore²⁶. A pesar de los informes casi unánimes sobre espantosos vientos y tempestades que asolan la meseta, decidimos prescindir de bases intermedias y arriesgarlos en pro de la economía y la probable eficacia.

Los informes transmitidos por radio dieron testimonio del impresionante vuelo de cuatro horas sin escalas que llevó a cabo nuestra escuadrilla, el 21 de noviembre, sobre una alta plataforma de hielo, con enormes picos alzándose al

oeste y los silencios insondables que se hacían eco del estruendo de los motores. El viento nos molestó sólo un poco, y los radiogonómetros²⁷ nos ayudaron a cruzar el único banco de niebla opaca que encontramos. Cuando surgió ante nosotros la enorme elevación, entre los 83° y los 84° de latitud, supimos que habíamos llegado al glaciar de Beardmore, el mayor glaciar de valle del planeta, y el mar helado dio paso entonces a un amenazador litoral montañoso. Por fin entramos realmente en el mundo blanco del más remoto sur, muerto hace eones²⁸; en cuanto nos dimos cuenta, divisamos a lo lejos, hacia el este, la cumbre del monte Nansen que se elevaba hasta una altura de casi 15.000 pies²⁹.

La instalación sin problemas de la base meridional en el glaciar, a 86° 7' de latitud y 174° 23' de longitud este, y las extraordinariamente rápidas y eficaces perforaciones y voladuras efectuadas en los diversos puntos alcanzados, tanto por los trineos en sus recorridos como por los aeroplanos en sus vuelos cortos, son ya historia; como lo es la ardua y triunfal ascensión al monte Nansen llevada a cabo por Pabodie y dos de los estudiantes graduados —Gedney y Carroll— del 13 al 15 de diciembre. Estábamos a unos 8.500 pies [2.592,5 m] sobre el nivel del mar, y cuando las perforaciones experimentales revelaron la presencia de suelo firme a sólo doce pies [3,66 m] de la superficie de nieve y hielo en ciertos lugares, utilizamos bastante el pequeño aparato de fusión, hicimos taladros y llevamos a cabo voladuras con dinamita para obtener muestras de minerales en puntos donde ningún explorador anterior había pensado conseguirlas. Los granitos precámbricos y los ejemplares de arenisca que así obtuvimos confirmaron nuestra creencia de que esta meseta formaba parte de la gran masa del continente al oeste, pero era algo³⁰ distinta de las regiones del este, situadas debajo de Sudamérica, que hasta entonces creíamos que constituían³¹ un continente aparte y más pequeño, separado del grande por la confluencia helada

de los mares de Ross y de Weddell; aunque Byrd ha refutado después tal hipótesis³².

En algunas de las muestras de arenisca, obtenidas mediante voladuras con dinamita y luego cinceladas después de que la perforación revelase su naturaleza, encontramos algunas huellas y fragmentos fósiles de lo más interesante: en particular helechos, algas, trilobites, crinoideos³³ y moluscos como lóbulos³⁴ y gasterópodos, todos ellos al parecer de verdadera importancia para la historia primordial de aquella región. También apareció una extraña huella triangular, estriada, de alrededor de un pie de diámetro a lo sumo, que Lake recompuso con tres fragmentos de pizarra extraídos de una abertura que habíamos perforado a gran profundidad. Dichos fragmentos procedían de un lugar situado al oeste, cerca de la Cordillera de la Reina Alejandra; y Lake, como biólogo, al parecer encontró extraordinariamente intrigante y sugestiva la curiosa huella, aunque a mí, en calidad de geólogo, no me parecieron muy diferentes de algunas ondulaciones bastante frecuentes en las rocas sedimentarias. Dado que la pizarra no es más que una formación metamórfica sobre la que ejerce presión un estrato sedimentario, y dado que la propia presión produce extrañas deformaciones en cualquier marca que pudiera haber, no vi motivo para tanto asombro ante aquella depresión estriada.

El 6 de enero de 1931, Lake, Pabodie, Daniels, los seis estudiantes, cuatro mecánicos y yo sobrevolamos exactamente el Polo Sur en dos grandes aeroplanos³⁵, y en una ocasión nos vimos obligados a aterrizar debido a un súbito viento fuerte que afortunadamente no se convirtió en un típico vendaval. Ese fue, como han dado a conocer los periódicos, uno de los varios vuelos de reconocimiento; en otros tratamos de localizar nuevos rasgos topográficos en zonas no alcanzadas por exploradores anteriores. Nuestros primeros vuelos resultaron decepcionantes en ese aspecto, aunque nos permitieron contemplar algunos

ejemplos magníficos de los sumamente fantásticos y engañosos espejismos de las regiones polares, de los que nuestro viaje por mar nos había proporcionado ya breves anticipos. Montañas lejanas flotaban en el cielo como ciudades encantadas, y a menudo todo aquel mundo blanco se desvanecía en una tierra de oro, plata y púrpura de ensueños dunsanianos y expectación aventurera³⁶, bajo la magia del sol bajo de medianoche. En los días nublados teníamos bastantes dificultades para volar debido a la tendencia de la tierra nevada y el cielo a fundirse en un opalescente vacío místico sin horizonte visible que señalase la conjunción de ambos.

Al final decidimos llevar a cabo nuestro plan original de volar 500 millas [804,5 km] hacia el este con los cuatro aviones de exploración y establecer una nueva base auxiliar en un punto que probablemente estaría situado en lo que, según creíamos erróneamente, era la porción más pequeña del continente. Las muestras geológicas allí obtenidas nos servirían para establecer comparaciones. Nuestra salud hasta aquel momento había seguido siendo excelente: el zumo de lima³⁷ compensaba la dieta invariable de alimentos enlatados y en salmuera, y las temperaturas generalmente por encima de cero³⁸ nos permitían prescindir de nuestras pieles más gruesas. Estábamos a mitad del verano, y si nos dábamos prisa y teníamos cuidado podríamos concluir la tarea en marzo y evitar una tediosa invernada durante la larga noche antártica. Varios huracanes violentos se habían desencadenado sobre nosotros procedentes del oeste, pero salimos ilesos de ellos gracias a la pericia de Atwood, que ideó rudimentarios cobertizos para los aeroplanos y protecciones contra el viento con pesados bloques de nieve, y a que reforzamos con nieve las principales construcciones del campamento. Nuestra buena suerte y eficiencia habían sido a decir verdad casi increíbles.

El mundo exterior estaba enterado, desde luego, de nuestro programa, y fue informado también de la ex-

traña y tenaz insistencia de Lake en efectuar un viaje de prospección hacia el oeste —mejor dicho hacia el noroeste— antes de nuestro traslado definitivo a la nueva base. Parece que había meditado mucho y, con una osadía alarmantemente extrema, sobre esa triangular marca estriada de la pizarra en la que había encontrado ciertas contradicciones, en cuanto a su naturaleza y el periodo geológico al que pertenecía, que habían despertado su curiosidad hasta más no poder y le hicieron desear que practicáramos más perforaciones y voladuras en la formación que se extendía hacia el oeste, a la que evidentemente pertenecían los fragmentos exhumados. Tenía el extraño convencimiento de que aquella marca era la huella de algún organismo voluminoso, desconocido, totalmente inclasificable y de un grado de evolución considerablemente avanzado, a pesar de que la roca en la que aparecía databa de un periodo tan enormemente antiguo —del cámbrico, si no exactamente del precámbrico— que excluía la probable existencia no sólo de cualquier forma de vida altamente evolucionada, sino de cualquier forma de vida de un estadio superior al unicelular, o a lo sumo al del trilobites. Aquellos fragmentos con su extrañas marcas debían de tener una antigüedad de quinientos a mil millones de años.

